



## Bautismo del Señor

Is 55,1-11; Sal da Is 12; 1Jn 5,1-9; Mc 1,7-11

Esto era lo que Juan proclamaba: «Detrás de mi viene el que es más fuerte que yo. Yo no soy digno ni de postrarme ante él para desatar la correa de sus sandalias. Yo los bautizo con agua, pero él los bautizará en el Espíritu Santo». Por aquellos días llegó Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. En cuanto salió del agua vio abrirse los cielos y al Espíritu que bajaba sobre él como una paloma. Se oyó entonces una voz que venía del cielo: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco».

Cuando hablamos de bautismo, nosotros hablamos de agua. Raramente relacionamos el bautismo con el Espíritu. Nos hemos detenido en el bautismo de Juan. El Espíritu es mucho más revolucionario y cautivador. Detenerse en el agua, significa contentarse de una purificación bella, pero no tan profunda, radical e interior cuanto aquella del Espíritu.

También los apóstoles lo han entendido tarde, pero ha sido sólo el Espíritu a cambiarlos desde la cabeza a los pies. «Les enviaré el Espíritu. Y comprenderán...».

El Espíritu los ha llevado en medio del mundo, los ha hecho salir de una visión egoística y limitada a su pueblo, y los ha hecho testigos y mártires. El bautismo no es el ingreso al antiguo templo hecho de liturgia y de bellas piedras. El templo vivo será un concepto que los apóstoles comprenderán sólo después de la muerte de su fundador, y no será el templo de otros y para otros, sino que les permitirá a cada uno de ellos ser templo vivo del Espíritu, lavado en el agua, pero purificado por el fuego. Dice el cardenal Tettamanzi: «Es el Cordero que quita el pecado del mundo y que dará inicio a su misión y nos involucrará como enviados, misioneros de la nuevas alegrías del Evangelio». El Evangelio nos obliga a cambiar totalmente las cosas normales. Él es la buena noticia que nosotros hemos distraídamente traducido como recorrido sencillo de las dulzuras humanas y portadoras de sueños de papel maché. En cambio, con el bautismo de Cristo inicia una historia que parte de un baño de agua para llegar a un baño de sangre. Lo ha anticipado bien el Bautista, «Yo los lavo en el agua, pero llegará quien los lavará en la sangre», porque la profundidad y el mal exigen el doble lavado que parte de la tempestad en el lago de Tiberiades para llegar al segundo nacimiento bajo la tienda con Nicodemo. Los doce, han pasado todos por allí: del bautismo de fuego en el cenáculo ha iniciado el nuevo itinerario de Cristo en la tierra.

**Juan, viendo venir a Jesús hacia él, dice:  
«Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo».**

*Nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos “discípulos” y “misioneros” sino que somos siempre «discípulos misioneros» (EG 120).*

